Año XIV 12 Octubre 1874. Núm. 3918.

PRECIOS DE SUSCRICION EN CARTAGENA.

Eco mes . . . . 8 rs.
Trimestre. . . . 24.
FUERA DE ELLA.
Trimestre.. . 30.
NÚMEROS SUELTOS
DEL ECO UN REAL.

EL ECO DE CARTAGENA.

PRECIOS DE SUSCRICION EN CARTAGENA.

ECO
CARTAGENA IULSTRADA
Trimestre. 28 rs.
Fuerald. . . 34·
NÚMEROS SUELTOS
de Cartagena Ilustrada 2 rs

Puntos de suscricion.
CARTAGENA
Liberato Montells, Mayor 24.

(SEGUNDA ÈPOCA.)

Madrid y Provincias
corresponsales
de la casa SAAVEDRA.

Lunes 12 de Octubre.

El Eco de Cartagena.

CARTAS DE UN DESOCUPADO.

—

A CADIDO.

Aunque en la mia del 3 prometí escribirte el dia siguiente, no lo hice porque quise celebrar la fiesta de nuestra Patrona Santa Rosalía de Palermo, que si bien se vió favorecida por Dios de una hermosísima cabellera, no cayó en la tentacion de emplearla tan mal como las mujeres cristianas de nuestros dias.

Pensaba pedirte permiso para seguir tratando la cuestion peliagúda y peliobtusa que dejé pendiente, pero observo que me he entrado de rondon en ella sin advertirlo.

¿Os ha invadido tambien en ese pueblo el peinado à lo *gamin*? Temo que sí, pues las niñas de los pueblos no son las últimas en adaptar las modas y son siempre las que mas las exageran, pues todo su criterio estético se reduce á creer que lo mas exagerado es lo mas bonito y mas elegante. Si por casualidad, à causa de la interrupcion de la vía-férrea, aun estais libres de esta epidemia, vale la pena de que hagas un viaje à Barcelona, donde verás que nuestras jóvenes, y algunas que ya no lo son, llevan medio cubierto el rostro con una careta de pelo asi como las antiguas damas venecianas la llevaban de tafetan. Vivimos, pues, en continuo carnaval, como en Venecia..... y perdonen esta comparacion las graciosas venecianas, pues la uso sin intencion de ofenderlas y con el solo propósito de que me entiendas mejor. Este peinado ó despeinado consiste en cortarse el pelo mas inmediato à la cara; dejándolo largo de media cuarta poco mas ó menos caido sobre el rostro, ya rizado, ya simplemente despeinado imitando la estopa, ó pegado à la frente en forma de fleco ó como visera charolada. ¡Horrible, amigo mio, horrible! ¿Has oido hablar de unas vírgenes consagradas al Señor que, en una ciudad asaltada, se desfiguraron los rostros para librarse de la brutalidad de la soldadesca? Pues es esto, y dudo que aquellas santas mujeres lograran mejor su objeto clavàndose en la cara sus uñas inclementes que si hubiesen apelado al peinado de moda en nuestros dias y en nuestras tierras.

Yo tenia un amigo, literato, persona de edad, muy bueno, pero muy distraido: todo lo hacia aprisa, pero siempre llegaba tarde. Si tenia una cita á las dos, salia corriendo de su casa à las dos y media, vistiéndose al bajar la escalera y poniéndose la peluca en el portal. Como hacia el tocado con tan malas condiciones, escusado es decir que no salia irreprochable, en lo cual tampoco él se paraba mucho. En mas de una ocasion, yo ó algun otro amigo suyo, le detuvimos cuando iba por la calle disparado, para decirle: «Sr. D. José, ¿dónde va V. tan aprisa y con la peluca al reves?» Efectivamente el pelo lacio ó estoposo, segun el momento histórico de aquella maltrecha peluca, que debia taparle el cogote le caia sobre la frente hasta escarabajearle los ojos. Cada vez que veo un peinado à la ùltima moda, recuerdo, por asociacion, la peluca atravesada de mi difunto amigo.

Otro escritor catalan, de agudo ingenio, hace una observacion muy atinada sobre este famoso peinado: «El diablo son las mujeres—dice:—Dios ha querido distinguir al sér racional de los animales dándole una frente limpia y despejada, y nuestras jóvenes se empeñan en suprimir el distintivo.» La observacion como ves, es ingeniosa y atinada, pues en realidad las que no salieron muy favorecidas de la naturaleza parece que se proponen acreditar que descienden del chispanzé ó del gorilla. Pero en esto niegan la ley hasta del progreso materialista, pues los menos generosos con el género humano admiten la evolucion hácia arriba, pero no hácia abajo; sostienen la transformacion hácia adelante, mejorando, no la transformacion hácia atras, desmejorando.

Solo en los cuentos de hadas se halla el caso de una jóven hermosa convertida en bestia, pero no por propia voluntad sino por arte de encantamiento, ó como castigo de faltas cometidas ó por celos y envidia de alguna hechicera. Lo de ahora es caso nuevo, nunca visto, y poco digno de ser imitado ni alabado.

Si no estoy trascordado, yo asistí al nacimiento y bautizo de esta moda singular. En 1866, se hallaba en París una compañia de artistas que metia mucho ruido y ganaba muchos cuartos representando cada dia, en el Circo, una pieza ó farsa titulada: «Mazzepa.» La celebridad y fortuna de esta troupe le venia de una amazona norte-americana, jóven de diez y ocho años, sumamente graciosa y locamente atrevida: estatura regular, perfectamente proporcionadas todas las partes de su cuerpo; cabeza echada arrogantemente hácia atrás y cubierta de una cabellera espesa, negra y ondulosa; cara redonda, rostro pàlido, ojos rasgados, grandes, pero no saltones: mirada brillante y vaga, reveuse, como aquí se dice. Faltàbale flexibilidad en los movimientos, lo cual le daba cierto aire varonil que le cuadraba bien para el papel que representaba, que era el del protagonista de lord Byron. Desnudàbanla, atábanla á los lomos de un caballo, tan admirablemente adiestrado que siendo dócil, imitaba la indomada fiereza de un potro-cerril, y sin ninguna clase de arreos lo soltaban desde la cúspide de una montaña sembrada de grandes peñas. Libre el impetuoso bruto y sintiendo el aguijon de la desusada carga, salia à escape hinchadas las narices, arrojando llamas por los ojos, erizadas las clines, y se precipitaba ciego por aquellos artificiales despeñaderos. La ilusion era completa, la emocion grande, y cuando traian ante el público pálida, sin sentido, ensangrentada, à la amazona, que el caballo arrojara al precipicio, ó que se habia despeñado con el caballo, los espectadores suspendian el aliento, hasta que, al verle dar señales de vida, prorumpian en un estrepitoso aplauso. Era por un lado la necesidad de espansion de los corazones largo rato comprimidos y la aprobacion de un arrojo y de una destreza verdademente estraordinarias. El desórden en que se presentaba la amazona, aparente cadáver destrozado por las rocas y las malezas, era un desórden estudiado, aunque se ocultara el arte con habilidad; y de seguro no eran naturales ni obra del acaso los dos cortos bucles de cabello que sombreaban su pálida frente, ni la mirada angustiosa y como estraviada por el miedo y el sufrimiento, con que se presentaba à saludar al público, que la aplaudia y vitoreaba frenéticamente.

Miss Mekel—este era el nombre de la heroina, si la memoria no me es infiel—fuè la lione de París durante algunos meses. En todas las estamperias se veia su retrato, que reprodujeron los periódicos ilustrados de aquel tiempo. Dumas, el padre, la tomó bajo su proteccion y contribuyó á aumentar su celebridad. Recuerdo que se vendia un grupo fotográfico en que se veia à Dumas sentado y à miss Mekel de pié, apoyada en el hombro del fecundo escritor. Dumas llamaba à miss Mekel mon gamin, «mi pilluelo,» porque en realidad, vestida de hombre, con el pelo corto, y por sus maneras natural ó artificialmente desenvueltas, se parecia à uno de esos pilluelos de Paris que son el terror de los ancianos y achacosos, de los tenderos ambulantes, de toda la gente pacífica y pacota.

Como en Paris hay gente que todo lo aprovecha para llamar la atencion, empezaron algunas cocottes à presentarse con el pelo à lo gamin para imitar à la Mekel, á la lione, à la que con su fama era objeto de la atencion y de las conversaciones del distraido pueblo de la gran Babilonia.

La primera vez que ví à una de esas desdichadas pasear por el bou-